



LECTURA
SEMANAL
POPULAR

10
Cents.

NOV. 20

ORTEGA & FRIAS

HONOR DE ESPOSA CORAZÓN Y DE MADRE

LECTURA

AÑO II SEMANAL PRE-
NÚM. 20 CIO:

16 MARZO 1926 POPULAR 10
1926 CTS.

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL
«SATURNINO CALLEJA», S. A. Administración, cierre y
talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y sus-
cripciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN:

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE

por Ramón Ortega y Frías

Personajes y resumen de lo publicado anteriormente:

Margarita de Solís se enamora del caballero don Juan de Monzón, que por motivo de un duelo marcha a París. En ese tiempo la obligan a casar con el conde de Rocanegra, que tiene que ir a Méjico dejando un hijo: Leandro Sandoval. Llegan noticias falsas de su muerte. Regresa Rocanegra cuando Margarita y don Juan tienen un hijo que es entregado a una humilde

(Continúa en la penúltima página).

—Soy de tu misma opinión.

—Sin embargo...

—¿No crees que deberíamos ir a buscarle para advertirle que se descuida?

—Todavía no.

Acercóse Cándido a la entrada del subterráneo y escuchó, sin percibir el más leve ruido.

Pasó otra media hora.

—¡No puedo tranquilizarme!—dijo.

—Esperemos.

—Ten en cuenta que la noche se acaba, y como mis compañeros son madrugadores, antes de que salga el sol nos sorprenderán.

—Pues vamos.

Tomaron el farolillo, y por segunda vez bajaron a la cueva. Avanzaron, y llegaron a la otra escalerilla.

—¡Vive Dios!—exclamó Perico.

—¿Está abierto?

—Sí.

—Lo cual prueba que a tu amigo le esperaban.

—Eso has debido suponerlo.

—Ha entrado, y...

—Lo que no comprendo es por qué no ha salido.

—Amigo Pedro, no se te puede ocultar que estoy gravemente comprometido.

—No tanto como te parece.

—Dentro de una hora ya será tarde, y, por consiguiente...

—Acaba.

—Debemos cerrar esta compuerta.

—¿Y qué conseguiremos?

—Es indudable que a tu amigo le han descubierto, se han apoderado de él; y tal vez a estas horas le hayan entregado a la justicia.

—¡Imposible!

—Después se habrán ocupado en averiguar cómo ha podido entrar en el convento.

—Y tú, para evitar que recaigan sobre ti sospechas...

—Sí, con ese fin quiero cerrar, pues, ya que no podemos salvarle, al menos que nosotros quedemos libres. ¿Qué se conseguirá con que nos encierren en los calabozos del Santo Oficio? Nuestra triste situación no ha de aliviar la de tu compañero.

—Abandonarle en los momentos de peligro sería una ruindad.

—Piensa que nada podemos hacer en su favor.

—Todavía no lo sé.

—Pues si mi plan no te parece bueno, tú debes trazar otro mejor.

—Ante todo, es preciso que averigüemos la verdad.

—¿Y cómo?

—Ven, que mi amigo no puede estar lejos de aquí.

—¡Yo entrar en el convento!

—Sí.

—¡Antes me dejaría matar!

—¡Cándido!...

—¡No, no!—replicó con firmeza el indiscreto criado.

—Pues yo entraré.

—¡Perico, te comprometes!

—¡Aunque haya de morir!

—¡Eso no es lo tratado!

—Pues ten paciencia.

—¡Me has engañado!

—¡Vive el cielo!

—¡Bien, entra!

—Un temor me asalta.

—Acabarás por ser de mi opinión.

—Eres cobarde, y, por consiguiente, nada bueno debe esperarse de ti.

—Nunca me has visto hacer alarde de valor, pero soy honrado.

—A pesar de tu honradez, tengo la seguridad de que apenas yo entre, para dejar a salvo tu responsabilidad cerrarás esta compuerta, luego la otra, y te irás a tu dormitorio.

—Te equivocas.

—Piensas dejarme enjaulado, por aquello de que ya que se pierdan los unos, deben salvarse los otros; según has dicho antes.

—¡Perico!...

—Escúchame y decide.

Y el sirviente de Leandro fijó en su amigo una mirada que nada tenía de tranquilizadora, sacando luego un puñal.

—¿Qué intentas, desdichado?—preguntó Cándido poseído de terror.

—¡Estoy dispuesto a todo!

—Pero...

—¡Mil rayos! ¡Entra, si no quieres morir!

La elección no era dudosa.

Cándido suspiró tristemente, acabó de subir, y entró en el tenebroso aposento que conocemos ya.

Perico le siguió.

Miraron a su alrededor.

Avanzaron.

—Convéncete—decía en voz baja Cándido—: tu amigo está ya en los calabozos de la Inquisición.

—¡No me convenceré!

—Peor para ti..., y peor para mí también.

—Dices bien, porque los dos hemos de triunfar o morir.

Arrepentido estaba ya Cándido de haberse metido en aquel endiablado enredo; pero era tarde para retroceder.

Atravesaron algunas habitaciones, y les sucedió lo mis-

mo que a Querubín: á nadie encontraron, ni percibieron el más leve ruido.

Detuviéronse muchas veces, dudando hacia dónde dirigirse.

Era muy crítica la situación en que se encontraban.

Antes prefería morir Perico que salir del convento sin haber encontrado a Querubín, porque consideraba que abandonarle era la más ruin de las cobardías.

En aquellos momentos Querubín salía con el demandado y María.

¿Qué debía suceder ?

Es imposible adivinarlo.

Amanecería, y nuestros dos amigos serían descubiertos por las monjas.

Su perdición no tendría remedio .

El sacrificio sería estéril.

Toda la influencia de don Leandro no sería bastante para salvar a su leal sirviente, pues el delito se consideraría como profanación, y en el asunto entendería el Santo Oficio, no los tribunales ordinarios.

Para la Inquisición no servía de nada la influencia del mas elevado personaje.

Habíase contraído violentamente el rostro de Perico. Era sombría su mirada.

No tenía miedo a la muerte, pero sufría mucho.

Como estaba dotado de muy clara inteligencia, comprendió que si hubieran sorprendido a Querubín, estaría en conmoción la comunidad.

¿Qué significaba aquel silencio, aquella quietud ?

No, no podía haber sucedido nada extraordinario en el convento.

Siguieron andando en distintas direcciones.

Ya habían perdido el tino.

—¿ Cómo saldremos ?—preguntó Cándido, que temblaba convulsivamente.

—No lo sé—respondió con acento breve Perico.

—¡Dios misericordioso!...

—¡Calla, y no me aturdas con tus quejas!

—¡Te lo suplico por lo que más ames!

—¿Qué quieres?

—¡Vámonos!

—Pues bien: tú guiarás.

—Por aquí...

—¡No!... Por allí... ¡Tampoco!... ¡Ah! ¡Esto es horrible! ¿Qué será de nosotros?

—Ello es que no acertamos salir.

—Creo que no.

—Pues si aquí hemos de quedarnos...

—Nos ocultaremos en una de esas habitaciones, donde parece que nunca entra nadie.

—Puedes seguir o quedarte.

—¡Quedarme!

—¡Fuego de Satanás! ¡Iremos a los calabozos de la Inquisición; pero me parece que antes no he de dejar con vida una monja!

—Tal vez tu amigo, hablando dulcemente...

—¡Calla!

El pobre Cándido no encontró más recurso que rezar. Pusiéronse otra vez en movimiento.

Después de una hora de dar vueltas y revueltas encontráronse en un pasillo, y se detuvieron a la puerta de una habitación donde había luz. Era el aposento de Canuto.

—Y ahora, ¿por dónde?

—¡Por aquí!—dijo Perico.

Separáronse de la puerta, y poco después se encontraron junto a otra

—¡Cerrada!—dijo Cándido.

El sirviente de Leandro se inclinó y miró por el ojo de la cerradura.

—Esta puerta da a la calle—murmuró.

—Pues tal vez por aquí haya salido tu amigo.

—Todo es posible, aunque lo dudo, porque, sabiendo que le esperábamos en la cueva...

—Suenan pasos.

—¡Sí, en la calle!

—¡Parece que alguien se acerca!

—¡Silencio!

Quedaron inmóviles.

Una llave se introdujo en la cerradura.

La puerta giró sobre sus goznes, dejándose ver el bulto de una persona.

—¡Sígueme!—dijo repentinamente Pedro.

Y lanzándose hacia la puerta, hizo rodar al que entraba.

Cándido, que deseaba verse fuera del convento, siguió a su amigo.

Al mismo tiempo que esto sucedía el que había caído lanzaba gritos de pavor, revolviéndose trabajosamente, levantándose y huyendo despavorido.

La confusión fue más grande, porque otra persona apareció, amenazando y blandiendo una espada. El que había querido entrar en el convento era Canuto.

El nuevo personaje, que juraba como un condenado, era el señor de Guevara.

Y muy pronto, antes de que los unos y los otros pudieran reconocerse, acudió Querubín.

—¡Quietos!

—¡Atrás!

—¡Vive el cielo!

—¡Miserable!

Esto se oyó decir.

Todos quedaron como estatuas.

Antes de acometerse, era preciso que comprendieran su situación.

—¡Cien legiones de condenados!—exclamó al fin el señor de Guevara.

—¡Perico!—dijo Querubín.

—¡Ah!

—¿Qué significa esto?

—¿Cómo os encontráis aquí?

—¿Quién era ese hombre que ha huído?

—Vamos, y después nos explicaremos.

—¡Esperad!

—¿Qué hay que hacer?

Querubín, que pensaba en todo, se acercó a la puerta del convento, y como había quedado puesta la llave, pudo cerrar y quitarla.

No podían detenerse para explicar todo lo que había sucedido.

En el convento resonó una campana.

Era el toque de maitines.

—Pronto se levantarán mis compañeros—dijo Cándido.

—¿No tienes la llave de tu casa?—le preguntó Perico.

—Sí.

—Pues entra, y ante todo cierra las entradas del subterráneo.

—¿Y luego?

—Debes acostarte hasta la hora de costumbre...

—¡No podré dormir!

—Estarás despierto.

—¿Y vosotros?

—Haremos lo que mejor nos parezca.

Tal era el miedo que tenía Cándido, que no deseaba más que entrar en su vivienda, y para verse libre de los peligros que le amenazaban hubiera renunciado a la recompensa que se le había ofrecido.

No quiso hacer ninguna observación más, no quiso pedir ninguna explicación sobre lo que sucedía, que era para él casi incomprensible.

Como tenía en el bolsillo la llave, pudo entrar, con el propósito de dirigirse inmediatamente al subterráneo para cerrar las compuertas y acostarse luego, esperando a que sus compañeros se levantasen.

Dió las buenas noches, aunque más exacto hubiera sido dando los buenos días, y entró en su casa.

Nuestros amigos se miraron los unos a los otros, como preguntándose lo que debían hacer.

—No estamos bien aquí—dijo Perico.

—Vuelve al lado de tu señora.

—¿Nada más hay que hacer en este momento ?

—Ya ves que aquí hemos concluído.

—Pues cuando la ocasión sea oportuna—repuso el sirviente—os explicaré cómo me habéis visto salir con Cándido del convento.

—¿Y nosotros ?—preguntó el señor de Guevara.

—Debemos irnos a descansar mientras la señora condesa cuida a María.

—¿Y adónde habrá ido a parar el pobre demandero ?

—Correrá hasta que se la acaben las fuerzas, y luego vendrá para decir que ha pasado la noche entre fantasmas y brujas ; pero ya será tarde para que nos persigan.

—Vamos, pues.

Salieron a la calle del Barquillo.

El criado se dirigió hacia la morada de su señor, en tanto que el señor de Guevara y Querubín se internaban en el barrio de San Antón. Pocos minutos después reinaba un silencio profundo, pues por aquellas calles no transitaba persona alguna.

El esquilón del convento ya no sonaba.

La comunidad estaba en el coro y rezaba fervorosamente.

No habían podido echar de menos a María, porque a ésta la habían dispensado de asistir al rezo de maitines.

Muy pronto debía producirse una gran conmoción en la tranquila morada de las esposas de Jesucristo.

Muy cerca de una hora pasó, cuando lentamente se acercó un hombre al convento.

CAPÍTULO LXI

El efecto que produjo la desaparición de María

Canuto había corrido sin saber hacia dónde, pues lo único que quería era huir.

Dio mil vueltas y revueltas, y al fin tuvo que detenerse, porque apenas podía respirar y sus fuerzas se habían agotado.

Sentía todo su cuerpo muy dolorido, especialmente la espalda, donde había recibido el cintarazo del señor de Guevara.

Se apoyó el infeliz demandadero contra la pared y exhaló algunos ayes de mortal angustia. Miró a su alrededor para saber dónde se encontraba, y pudo reconocer la calle de Alcalá.

—Pero ¿qué sucede?—dijo el desdichado con lastimero tono—¿Qué hombres eran los que salían del convento cuando yo llegaba? Indudablemente, se habían quedado allí, y debo suponer que se han llevado otros dos o tres monjas. ¡Horror! He querido cumplir mi deber... ¡Ay; mi honradez me ha costado bien cara! ¿Y qué debo hacer ahora? No me atrevo a volver, y... ¡creo que me han roto tres o cuatro huesos! ¡Y yo mismo he tenido que ayudar para que se consume el sacrílego crimen! ¿Qué va a ser de mí? ¿Cómo me justificaré? Me reconvendrán porque no he gritado; pero si, lo mismo que yo, hubiesen visto aquel puñal tan afilado y reluciente... ¡El recuerdo no más me infunde terror! ¡Bien decía el libertino seductor que yo había de ser

quien le ayudase! ¿Y por dónde entró en el convento? Probablemente, por los tejados, lo cual habrá hecho muy fácilmente, si cuenta con la ayuda de Satanás.

Largo rato pasó Canuto divagando así.

Cuanto más reflexionaba, menos comprendía lo que había sucedido.

Varias veces se movió para volver al convento; pero se arrepentía, temeroso de encontrar al sacrílego enamorado o al que juraba y maldecía mientras descargaba tan recios golpes.

¡Pobre Canuto!

Convencióse al fin de que le era preciso adoptar una resolución, pues cuanto más tardase en volver al convento, mayores motivos habría para que pusieran en duda su lealtad y su honradez.

Le era forzoso resignarse.

Exhaló un suspiro doloroso, y paso entre paso y haciendo las más tristes reflexiones entró en la calle del Barquillo y llegó al convento.

Después de mirar a su alrededor y escuchar muy atentamente, se acercó a la puertecilla, que encontró cerrada.

— ¡Pues éste es otro apuro! —dijo el infeliz— ¡Se han llevado la llave!

Le pareció que era peligroso llamar, porque si aun había criminales en el convento, saldrían y le acuchillarían por la crueldad de que habían dado pruebas.

Perplejo quedó el desdichado Canuto, sin saber qué determinación adoptar.

Acercó el oído al ojo de la cerradura, y, aunque muy confusamente, percibió la voz de las religiosas, que rezaban en el coro.

— Parece que están muy tranquilas —dijo el demandero—; lo cual prueba que todavía no se han enterado de la desgracia.

Fue y vino Canuto de un lado para otro sin descubrir alma viviente.

Al fin decidió llamar a la portería.

En aquellos momentos resonó a poca distancia el sordo ruido de un carruaje.

Suponemos que era el de la condesa.

—¡En nombre de Dios!—dijo Canuto.

Y después de santiguarse tres veces, descargó algunos recios golpes en la portería.

Empezaba la aurora a desplegar sus sonrisas.

Inútilmente llamó el demandadero, porque aun no era hora de que la madre tornera estuviera en su puesto, sino en el coro con sus hermanas en Cristo.

Volvió a llamar Canuto con mayor fuerza, y tantos golpes dio, que consiguió al fin que la comunidad se pusiese en alarma.

—¿Quién es?—oyó que decían desde el interior del convento.

—¡Soy yo; Canuto, el demandadero!

—¡Jesús!

—¡Abrid, madre, que no puedo entrar!

—¡No es posible que seáis nuestro demandadero!

—¡Sí, y en la voz debéis reconocerme!

—¿Pues cómo estáis en la calle a estas horas?

—¡Porque me han hecho salir; y como se han llevado la llave, no puedo entrar!

—Reconozco vuestra voz; pero...

—¡Reverenda madre!...

—¿No me engañaréis?

—¡Os digo que se han llevado la llave; y lo peor es que también se han llevado a la pupila de los ojos azules, a la hija del comendador Saavedra!

—¡Virgen Santa!

—¡Me amenazaban con un puñal, y me han roto tres o cuatro costillas! ¡No puedo sostenerme, desfallezco!...

— ¡Esperad, que pronto me convenceré de si decís la verdad!

Y la hermana tornera, confusa hasta el último grado de la confusión, corrió para dar parte de lo que sucedía a la muy reverenda superiora.

— ¡Dios nos asista!

— ¿Qué sucede, hermana?

— ¡No nos habíamos equivocado; llaman!

— ¿Y quién es a estas horas?

— ¡Canuto, el mismo Canuto!

— ¿Canuto? — exclamaron sorprendidas la superiora y las monjas que la rodeaban.

— ¿Sí; nuestro demandadero!

— ¿Habéis perdido la razón?

— No entiendo lo que pasa... Dice que se la han llevado...

— ¿Que se la han llevado?

— Y que le amenazaron con un puñal; y como no tiene la llave, y le han roto tres o cuatro costillas, y está casi muerto...

— ¡Muerto! — exclamó la superiora con acento de terror profundo.

Y las demás monjas decían:

— ¿Y se la han llevado?

— ¡Un puñal!

— ¡Rotas las costillas!

Imposible es pintar la escena que tuvo lugar.

Llegó la confusión al último punto.

Pedían explicaciones a la tornera; pero ésta no podía darlas.

Hablaban todas a la vez, todas gritaban, y todas imploraban la misericordia divina.

No sabemos cuánto tiempo se hubiera prolongado aquella extraña escena si no hubieran vuelto a resonar los desatentados golpes que descargaba Canuto.

Entonces una novicia, que era la que menos turbada estaba, dijo:

—¡Acabemos de una vez!

—Pero ¿qué hemos de hacer?

—Yo no entiendo lo que dice la hermana tornera.

—Ni yo comprendo cómo es que Canuto se encuentra en la calle a estas horas, y sin poder entrar.

—Pero ello es que en la calle se encuentra.

—¿Y si es otro que ha tomado su nombre y finge la voz?

—Pues fácilmente averiguaremos la verdad.

—¡No debemos abrir!

—Pero ningún peligro hay en ir a buscar a Canuto en su aposento.

—¿Y si duerme?

—Le encontraremos dormido—dijo la novicia.

—¿Y hemos de llegar hasta su lecho? Hermana, no habéis pensado toda la gravedad de lo que proponéis.

—Pues llamemos al padre capellán.

—Pero desde lejos.

—¡Sí, sí!

—Seguidme todas, y traed luces, ¡muchas luces!

—Pronto amanecerá.

—¡No importa!

—¡Vamos!

La reverenda superiora con toda la comunidad atravesó pasillos y habitaciones, deteniéndose después de diez minutos junto a una puerta.

El padre capellán era madrugador, y como, además, había oído los recios y continuados golpes que daban en la portería, vestíase apresuradamente y pudo responder al primer llamamiento de las monjas.

—¿Qué sucede?—preguntó.

—No lo sabemos—respondió la anciana—; pero ello es que sucede algo grave.

—¿No sabéis quién llama?

—Un hombre que dice que es Canuto, y que habla de puñales y de otras cosas muy horribles.

—Y dice también que se la han llevado—añadió la madre tornera—; según he podido entender es la hija del comendador.

—¡Dios bendito!

—¡El seductor protegido por Satanás!

Con estas nuevas explicaciones acrecentóse el terror.

Acudió el padre capellán con cuanta prisa le fue posible, pues hay que advertir que era de muy escasa estatura y muy grueso, había cumplido ya sesenta y cinco años y padecía con frecuencia ataques de gota. Presentóse a la comunidad, y volvió a pedir explicaciones. Luego fue al aposento de Canuto, sin encontrarle, y convenciéndose de que era el demandadero el que llamaba, se decidió a abrir la portería.

El mismo capellán hizo esto, y vio entrar al desdichado Canuto con el rostro lívido y descompuesto, respirando muy trabajosamente y exhalando ayes lastimeros.

Resonó una pavorosa exclamación.

Quedaron todos silenciosos.

El demandadero se dejó caer un un banco.

—¡No puedo más!—murmuró con voz débil.

—Hermano Canuto—le dijo gravemente la superiora—, bajo santa obediencia os mando decir inmediatamente la verdad de lo que ha sucedido.

—Eso es—añadió el padre capellán con severo tono—, bajo santa obediencia; y si miente le excomulgaré ahora mismo, y luego le entregaré al Santo Tribunal de la Inquisición.

—¡Sí—respondió Canuto con amargura—, amenazadme! ¡Oh! ¡No son las amenazas lo que más me importa, sino los golpes que he sufrido! Ante todo, y obrando cristianamente, debierais prestarme los auxilios

que necesito, siquiera en recompensa de mi honradez; pues es preciso que sepáis que si en tan triste estado me encuentro, es por haber querido cumplir mis deberes.

—Se os socorrerá; pero tenéis la obligación de explicar vuestra conducta.

—Diffícil es explicar lo que no se entiende.

—¡Hermano Canuto, no abuséis de nuestra benevolencia!

—¡Ay! ¡Nadie mejor que yo sabe lo que son los abusos! Apenas puedo hablar; y, sobre todo, lo único que tengo que decir...

—¿Cómo os encontrabais en la calle?

—Porque el otro me obligó a salir, amenazándome con un puñal.

—¿El otro?

—El que vino aquella noche diciendo llamarse Querubín.

—¡Ah!

—Estaba yo en mi aposento rezando, y me sorprendió...

—¿Y por qué no gritasteis?

—Porque no quise recibir una puñalada.

—¿Y qué quería el sacrílego mancebo?

—No quería más sino que yo le ayudase.

—¿Y le habéis llevado a la celda?

—A la celda, no.

—¿Pues adónde?

—A la calle, porque lo que deseaba era salir del convento: me obligó a seguirle, salimos, y nos encontramos con otros dos... ¡Yo no sé lo que pasaba! Eché a correr, y uno de ellos, que blasfemaba continuamente, me siguió, me dio alcance y dejó caer sobre mí su espada.

—Pero, ¿por dónde había entrado el mancebo, que luego no podía salir sin vuestra ayuda?

—No me lo dijo, y como comprenderéis, yo tampoco se lo pregunté.

—Proseguid.

—A ella se la llevaron.

—¿A ella?

—Para no llevársela, no se hubiera tomado la molestia de sacarla del convento.

—¡Ahora lo comprendo todo!

—¡Ya era tiempo, reverenda madre!

—¡La hija del comendador!

—La misma.

—¿Qué va a ser de nosotras?

—¿Con que al fin se la han llevado?—dijo el padre capellán.

—Estaba desmayada, y así la llevé en mis brazos hasta la calle, donde recobró el sentido.

—¡En vuestros brazos!

—Creed, reverenda madre, que en aquellos momentos no pudo ocurrirme ningún pensamiento pecaminoso. ¡Ah! ya lo sabéis todo; es decir... Cuando me dejaron en libertad, quise volver, y al acercarme a la puerta, otros dos o tres hombres salieron, echándome a rodar, cerrando, quitando la llave, y... Me levanté como pude, huí, he corrido sin cesar, he vuelto, y aquí me tenéis. ¡No sé más!

Hizo Canuto un gesto doloroso y llevó su diestra a su magullada espalda, que le dolía más cada vez.

Nuevamente se hicieron comentarios y se reprodujo la confusión.

Lo que nadie entendía era que, después de haberse llevado a la hija del comendador, quedaran en el convento otros hombres.

El primer cuidado de la superiora fue ver si faltaba alguna monja o novicia.

Todas estaban. Fueron a la celda de María y la buscaron por todas partes.

Revisaron puertas y ventanas, sin encontrar fractura ni ninguna señal de violencia.

Inútilmente cavilaron para averiguar cómo había podido penetrar el seductor.

A nadie se le ocurrió pensar en el subterráneo que comunicaba con la Casa de Canónigos, y, por consiguiente, no examinaron la compuerta.

Había salido el sol, y todavía las monjas iban y venían, hablando sin cesar de los extraños sucesos de aquella noche.

Canuto no se había acostado, y no cesaba de pedir que llamasen al doctor para que le curase las maltratadas costillas.

La anciana superiora, comprendiendo la inmensa responsabilidad que sobre ella pesaba, pensó que debía adoptar inmediatamente una resolución.

¿Era conveniente dar parte a la justicia?

Esto debía producir un escándalo, con mengua de la reputación de la comunidad y del honor de la hija de don Pedro.

Ante todo debía darse a éste aviso.

La sola idea de encontrarse frente a frente con el comendador, aterraba a la reverenda superiora.

Don Pedro la acusaría, y no habría razones para defenderse.

Pero ello era preciso, y, sobre todo, con dilatar el aviso nada se conseguía, puesto que, más o menos tarde, había de conocer la verdad el comendador.

—¡Es forzoso!—dijo tristemente la anciana—Y dio las órdenes oportunas para que fuesen a buscar al comendador Saavedra.

Luego reunió la comunidad y prohibió a todo el mundo que se hablara de aquel grave asunto.

Poco más de media hora había transcurrido cuando don Pedro se presentó.

Debe recordarse que aquel día era el fijado para que Leandro pidiera formalmente la mano de María, y, por consiguiente, el comendador creía que iba a terminar la lucha y la situación violenta en que todos se encontraban.

Como no le habían dicho más sino que era absolutamente preciso que fuera al instante al convento, sospechó que su hija se había puesto otra vez enferma; pero no pudo imaginar lo que había sucedido.

Tranquilo estaba, pues, don Pedro de Saavedra, que saludó cortésmente a la superiora, preguntándole:

—¿Qué ocurre, reverenda madre?

—¡Preparaos para recibir un golpe terrible!

—¿Acaso ha vuelto a enfermar mi hija?

—No: debierais dar a Dios muchas gracias si hubiera sucedido así, y aun si la encontrarais muerta.

—¡Es incomprensible lo que decís!

—Escuchadme con cuanta calma os sea posible.

—Pero, ¿de qué se trata?

—Lo sabréis; pero antes me permitiréis hacer algunas observaciones.

—¡En gran cuidado me ponéis!

—Día y noche no he pensado en otra cosa que en vigilar a vuestra hija, y sabéis que se han adoptado todas las precauciones imaginables.

—¡Oh! ¡Empiezo a comprender!

—Ni por las puertas, ni por las ventanas, ni por los tejados, ni por las tapias de la huerta era posible que penetrase en esta santa casa el desalmado mancebo que ha trastornado la razón a vuestra hija.

—Pues si no era posible...

—Claro es que no ha entrado por las puertas ni por las ventanas, por las tapias ni por los tejados.

—¡Me tranquilizo!

—Pero como ese hombre cuenta con la ayuda de Satanás... ¡Jesús, María y José!

—¡Acabad, reverenda madre!—dijo el comendador con creciente impaciencia.

—Como dispone de un poder sobrenatural, ha podido filtrarse por las paredes.

—¡Vive Dios!—exclamó don Pedro sin poder contenerse, y olvidándose del respeto que debía a una religiosa.

—¡Caballero!...

—¿Con que otra vez ha penetrado aquí ese miserable?

—Y otros con él.

—¿También otros?

—¡Y se la han llevado!

—¿Qué estáis diciendo?

—¡Que se han llevado a vuestra hija!

Rugió terriblemente don Pedro.

Centellas se escaparon de sus ojos.

Su rostro se contrajo hasta el punto de desfigurarse horriblemente, y trastornado, loco por la ira, dejó escapar imprecaciones, blasfemias, juramentos y amenazas.

La superiora se santiguó muchas veces, se tapó los oídos, y gritó pidiendo socorro y agua bendita.

Acudieron algunas monjas, y transcurrieron más de diez minutos antes de que se restableciera el sosiego y pudieran entenderse.

Recobrar completamente la calma era un imposible para don Pedro de Saavedra; pero hizo esfuerzos superhumanos, y consiguiendo dominar los arrebatos de su desesperación, dispúsose a escuchar.

Refirió la anciana todo lo que había sucedido.

Después quiso el comendador escuchar a Canuto, y obligaron a éste a que se levantara para dar explicaciones.

Lo mismo le sucedió a don Pedro que a los demás; es decir, que no pudo comprender claramente lo que había pasado. Pero una cosa sí se comprendía, la más horrible, la que era verdad: el resultado.

María no estaba en el convento y esto era todo.

Se había ido con su amante.

¿Qué importaba cómo había sucedido?

Los detalles de que daba cuenta Canuto no tenían ningún valor, pues de ellos no podía deducirse quién era el amante misterioso ni adónde habían llevado a María.

• Lo primero que a don Pedro de Saavedra le ocurrió pensar fue que no podía dar parte a la justicia, porque esto era equivalente a pregonar su deshonra.

Leandro se presentaría a pedir la mano de la joven, y al decirle que ésta había desaparecido, que se había ido con su antiguo amante, el hijo de la condesa estaría en el derecho de considerarse completamente libre de todo compromiso, ya porque no era justo obligarle a casarse con una mujer que había hecho lo que María, ya porque, aceptándola manchada, no podía entregársela su padre.

Todos los planes del comendador quedaban destruidos; habíase derrumbado en un momento el edificio levantado con tanta constancia y venciendo tantas dificultades.

¿Qué medios le quedaban a don Pedro de Saavedra?

Su insistencia de nada le serviría, porque la condesa le respondería siempre:

—Mi hijo está dispuesto a casarse; pero ¿dónde se encuentra vuestra hija? Sin ella no puede hacerse el casamiento.

Y el comendador tendría que callar, sufrir y resignarse.

La situación no podía ser más horrible.

Otra vez se había burlado el atrevido mancebo, y entonces la burla era de consecuencias muy graves.

Después de dos horas de conferenciar inútilmente, salió don Pedro de Saavedra del convento, y con pasos vacilantes volvió a su casa.

Su rostro, cubierto de nerviosa palidez, y su mirada sombría revelaban lo que sufría en aquellos momentos.

Andrés le contempló, y se atrevió a preguntarle:

—¿Ha sucedido alguna desgracia?

—¡Todo se ha perdido!—respondió el anciano.

Y como si ya no pudiera sostenerse, dejóse caer en un sillón.

—¿Qué es lo que dice vuestra señoría?

—¡Mi hija!... ¡Oh!...

—Señor, me hace temblar vuestra señoría, porque...

—¡Ha desaparecido con su amante!

—¡Mil legiones!

—¡Hoy debía venir don Leandro para decir que estaba dispuesto a casarse con ella, y vendrá!...

—¿Acaso el hijo de la señora condesa había ya cedido?

—Fijó un plazo que terminaba hoy.

—Si eso me lo hubiera dicho vuestra señoría...

—¿Qué?

—Me hubiera tomado la libertad de aconsejarle que, a pesar de las prohibiciones del médico, no dejara un momento más en el convento a su hija, mi señora.

—¿Acaso no se han burlado también aquí de nosotros?

—Sí; pero...

—¡Lo mismo hubiera sucedido, porque para ese hombre no hay nada imposible!

—Señor, cuando pase vuestro trastorno comprenderéis lo que ahora no habéis podido sospechar.

—¿Cuál es tu opinión?

—El verdadero autor del abuso no es amante de mi señora.

—¿Pues quién ha de ser ?

—Don Leandro de Sandoval, porque como el plazo expiraba...

—Tal vez no te equivoques; pero don Leandro solo no lo ha hecho, puesto que el criado de las monjas ha visto al amante, y declara que era el mismo que aquella noche entró en el convento diciendo que iba de mi parte.

—El abuso ha sido, indudablemente, cometido por los dos.

—De todas maneras resulta...

—Que es menester buscar a mi señora.

—¿Y dónde hemos de encontrarla ?

—Si vuestra señoría me da licencia para que otra vez tome yo parte en este asunto...

—Licencia tienes para todo.

—Pues descanse vuestra señoría, recobre el sosiego, y entretanto...

—¿Qué piensas hacer ?

—Voy a la calle del Barquillo.

—¡Dios te guíe!

—Dejaré de ser quien soy si no consigo descubrir dónde se oculta mi señora. ¡Oh! ¡El miserable que se ha burlado de mí ha de convencerse muy pronto de que soy un enemigo temible!

No dijo Andrés más, y tomando su capa y su sombrero salió de la casa.

CAPÍTULO LXII

De cómo Andrés no se detenía ante ninguna consideración ni obstáculo

Sentíase Andrés mortificado como muy pocas veces en su vida, pues, aunque no había tomado parte alguna en los últimos sucesos ni influido en las resoluciones adoptadas por el comendador, su amor propio estaba vivamente herido.

Tenía el convencimiento de que Leandro había prestado toda clase de auxilios al amante misterioso, y suponía también que había hecho lo mismo el travieso Querubín.

Aquel día, sin necesidad de recompensas, estaba dispuesto Andrés a sacrificarse con tal de descubrir el paradero de su noble señora.

Muy agitado había salido, y corrió sin detenerse hasta llegar a la esquina de la calle de Belén.

—Ahora necesito calma—dijo—, mucha calma; porque ésta es cuestión de astucia, y cuando se pierde la tranquilidad se ofusca uno y comete toda clase de torpezas.

Ya sabemos que el sirviente contaba con la fuerza inmensa de su voluntad y que con más o menos trabajo sabía dominarse.

Fijó la mirada en los elevados muros de la huerta del convento, muros de los cuales todavía se conserva una parte.

Nada podía encontrar allí que le sirviera de guía; pero quiso convencerse de que era imposible escalar aquella tapia.

Algunos minutos después había cambiado la expresión

de su rostro, y nadie hubiera adivinado la agitación profunda de su espíritu.

Sin embargo, su mirada era aún algo sombría.

—¡Manos a la obra!—murmuró.

Y siguiendo la calle del Barquillo abajo, llegó muy pronto a la morada del conde de Rocanegra.

Allí era sobradamente conocido Andrés, lo mismo por el portero que por los demás criados, y todos le miraban con cierta consideración y casi con respeto, porque habían visto que el señor conde, a pesar de todo su orgullo, recibía al sirviente del comendador y conferenciaba con él como si fuese un igual y un amigo.

El portero se había levantado ya y acababa de hacer la limpieza de sus dominios.

Al ver a Andrés desplegó una benévola sonrisa y dijo:

—¡Bien venido!

—¡Buenos días!

—¡Hoy madrugáis demasiado!

—Ya sabéis—dijo Andrés—que al que madruga Dios le ayuda.

—Pero también sé, por lo que veo, que a mi noble señor le protege la fortuna, y, sin embargo, ningún día se levanta antes de las nueve o las diez.

Hay que advertir que en aquella época los más encopetados señores dejaban el lecho a la misma hora que el más humilde de los plebeyos, y aun en la rigurosa estación del frío, a las ocho de la mañana, con raras excepciones, habían almorzado grandes y chicos, ricos y pobres, lo mismo el rey que los vasallos.

Empero el conde de Rocanegra no podía ser madrugador, porque pasaba las noches en los festines y en las orgías, y se acostaba muy poco antes de que el sol saliese o de que brillase la aurora.

—No seguiré su ejemplo—dijo Andrés.

—Pero como supongo que venís a verle...

—Os habéis equivocado.

—Pues haceos cuenta de que nada he dicho.

—A quien necesito ver, para darle un recado de mi noble señor, es a la señora condesa.

Hubiérase dicho que el portero no entendía lo que oía, o que quedaba perplejo y no acertaba a responder.

—¿Me habéis comprendido?—preguntó Andrés.

—Sí.

—Pues, entonces, con vuestro permiso, voy a subir.

—¡No lo hagáis, amigo mío!

—¿Y por qué?

—Por la sencilla razón de que no podréis ver a la señora condesa.

—¿Duerme también?

—Entiendo que sí.

—Pues en lo de madrugar, según mis noticias, no se parece a su esposo.

—Exactas son vuestras noticias, señor Andrés; pero es el caso...

—¿Qué?

—Según me ha dicho Juan, la señora condesa ha pasado mala noche y no se ha levantado.

Una leve, muy leve sonrisa maliciosa se dibujó en los labios de Andrés.

—¿Estáis seguro de lo que decís?—preguntó mientras fijaba en el portero una mirada escudriñadora.

—Seguro completamente, no, pues si Juan me lo dijo, fue porque creyó haberlo oído no sé a quién; pero sí es la verdad que no veo señales de que mi noble señora se haya levantado, pues hace muy pocos minutos que todavía sus doncellas charlaban con los pinches de cocina y como si esperasen a ser llamadas. Pero fácil es averiguar lo cierto.

—Preciso será, porque se trata de un asunto de mucho interés.

— ¡Esperad un momento!

El portero entró en el patio y desde allí preguntó a una de las doncellas que entonces atravesaba por una galería del piso superior.

La doncella era la que conocemos ya: al ser interpellada, se detuvo y preguntó a su vez:

—¿Y qué os importa que se haya o no levantado nuestra noble señora?

—No soy curioso, ya lo sabéis; si quiero averiguarlo, es porque por nuestra señora pregunta un criado del comendador don Pedro de Saavedra.

—Pues decidle que vuelva luego, porque ahora no ha de ser recibido.

—El asunto es urgente.

—Yo no puedo quebrantar las órdenes que me han dado.

—Pero acertado sería que vieseis si nuestra señora ha despertado.

—Pues figuraos que lo he visto, y que duerme.

—Os advierto que de lo que suceda no será mía la responsabilidad.

—Toda la acepto, y estoy tranquila—replicó la doncella.

Y se alejó, sin querer escuchar más observaciones.

Andrés, que se abía acercado a la puerta del patio, no perdió una sola palabra del diálogo que acabamos de repetir.

Era demasiado astuto el sirviente del comendador para no comprender todo lo vago de las contestaciones de la doncella.

Indudablemente, ésta no quería decir la verdad; pero tampoco se atrevía a mentir.

¿Por qué la condesa se ocultaba?

Semejante conducta era muy sospechosa, mucho más

después de los sucesos que habían tenido lugar la noche anterior.

¿Estaba allí María ?

Esto fue lo primero que pensó Andrés, y ya sabemos que en muy poco se equivocaba. Sin embargo, no era esto suficiente razón para que la condesa se negara a recibir un recado de don Pedro, pues podía fácilmente ocultar a María.

—Ya lo habéis oído—dijo el portero.

Reflexionó Andrés, y, trazando en un momento nuevo plan, repuso:

—Pues, ya que la señora condesa no puede recibirme, hablaré con su hijo, el señor don Leandro.

—Eso me parece más fácil.

—Entonces, subiré.

—No hay ningún inconveniente.

Subió Andrés, y en una antecámara fue detenido por un criado, que le preguntó:

—¿Qué queréis ?

—Ver al señor don Leandro para hablarle de un asunto de mi señor, don Pedro de Saavedra.

—Siento que os hayáis tomado la molestia de venir inútilmente.

—¿Inútilmente ?

—Sí, porque no podéis ver al señor don Leandro.

—Si duerme todavía esperaré, pues el asunto es interesante.

—Lo que en estos momentos hace el señor don Leandro lo ignoro, porque anoche salió, y todavía no ha vuelto.

—¡Vive Dios!—exclamó Andrés sin poder contenerse.

—¿Por qué os enfadáis ?

—No me enfado, sino que me sorprende que don Leandro, cuya conducta es muy arreglada, pase fuera de su casa toda una noche.

—Sí es raro; pero ello es que ha sucedido.

No era esto una prueba incontestable de que el hijo de la condesa tuviese parte en la desaparición de María; pero Andrés ya no dudó, y siguió creyendo que allí se encontraba la joven.

¿Era conveniente hablar del asunto al conde de Rocanegra?

Sobre este punto reflexionó Andrés.

El conde estaba muy interesado en que su hijo se casase con María, pues así le separaban completamente de Consuelo.

Si la primera se encontraba allí, el comendador tendría derecho a exigir que el honor de su hija se pusiera a salvo casándose con el hombre en cuya casa se había refugiado.

Decidióse Andrés a dar este último paso, y dijo:

—Supongo que para ver al señor conde no habrá ningún inconveniente.

—Lo menos una hora tardará en levantarse.

—Ya sabéis que tiene mandado que a mí se me reciba a todas horas.

—No olvidamos las órdenes de su señoría.

—Entonces...

—Pero no nos ha dicho que cuando duerma y os presentéis le despertemos; y como el señor conde tiene el carácter algo violento y suele imponer castigos demasiado duros, no me parece que habrá quien se atreva a interrumpir su sueño.

—Os respondo que no se enfadará.

—¿Y si os equivocáis?

—No me equivoco.

—Señor Andrés, reconozco que habláis con la mejor buena fe y que no queréis para nosotros ningún mal; pero como nadie está libre de cometer un error, por mi parte no me atrevo a despertar a su señoría: y no ha-

ciéndolo yo, podéis estar seguro de que nadie lo hará.

Mal que le pesase, tuvo que resignarse Andrés; pero como no quería retroceder, dijo:

—Aguardaré a que el señor conde despierte.

—Pues sentaos.

—Y si entretanto viniera su hijo.

—Le veréis, porque por aquí forzosamente ha de pasar.

Sentóse el criado del comendador.

Desde el sitio donde estaba veía la puerta de la escalera, y, por consiguiente, también había de ver a cuantos entrasen y saliesen, lo cual en aquellos momentos y en semejante situación era una ventaja.

Mientras Andrés esperaba, decía para sí:

—Si tienen aquí a mi señora y quieren sacarla antes de que yo hable al conde, no podrán hacerlo; si es que la condesa ha salido y vuelve temprano, no entrará sin que yo la vea; y si es que quiere salir ahora, tampoco lo hará.

Media hora transcurrió.

Resonó en la calle el ruido de un coche, que se detuvo, al parecer, frente a la casa.

—¿Quién a estas horas viene en carruaje?—preguntó Andrés.

Y fijó la mirada en la puerta de la escalera.

Otros cinco minutos pasaron, y al fin se presentó el hijo de la condesa envuelto en una capa. En su rostro se veían las señales del insomnio.

Andrés se levantó.

Un sirviente se acercó a Leandro, diciéndole:

—Este hombre, que es criado del comendador don Pedro de Saavedra, espera a vuestra señoría.

El joven miró de pies a cabeza al astuto Andrés, y le preguntó:

—¿Qué queréis?

—Vine para tener la honra de dar un recado a la se-

ñora condesa: como no ha podido recibirme, espero al señor conde, y ya no tengo que molestar a vuestra señoría.

Leandro volvióse y miró a su criado, diciéndole con aspereza:

—Si no era a mí a quien este hombre buscaba, has podido excusar detenerme.

—Señor, este hombre mostró grandísimo empeño en ver a vuestra señoría, y porque era imposible ha decidido esperar a que despierte el señor conde.

Encontrábase Andrés en una situación crítica, porque tenía que dar explicaciones; pero salió del apuro diciendo:

—El asunto que he de tratar es desagradable; y como al fin me será preciso molestar también al señor conde, quería evitar un disgusto a vuestra señoría.

—¡Está bien!—respondió Leandro.

Y dio un paso para alejarse; pero se detuvo, y dirigiéndose otra vez al criado de don Pedro, añadió:

—Decid de mi parte a vuestro señor que luego tendré el gusto de visitarle.

—Me parece inútil—replicó Andrés.

—¿Por qué lo decís?

—Supongo que vuestra señoría va a pedir la mano de la hija de mi noble señor.

—¿Y qué os importa?

—Precisamente soy el encargado de hablar de ese asunto con la señora condesa.

—¿Vos?

—He merecido esa honra.

—¡Es extraño!

—Así parece; pero hay razones...

—Explicaos, pues como a mí me interesa más que a nadie ese asunto, antes que nadie debo conocer la misión de que estáis encargado.

—No conviene que nadie nos escuche.

- Pues venid.
- No tengo que decir más que algunas palabras.
- ¡Vetel!—dijo el hijo de la condesa a su criado.
- Y luego añadió:
- Ya estamos solos.
- ¿No tiene vuestra señoría noticia alguna de la desgracia que anoche sucedió?
- ¡Una desgracia!
- Mi noble señora...
- ¿Está enferma otra vez?
- No.
- ¿Acaso don Pedro?
- Lo que está es desesperado.
- ¡Acabad!
- Yo creí que vuestra señoría...
- ¿Qué?
- Si lo ignora...
- ¿Os advierto que la paciencia se me acaba muy pronto!
- Pues bien; la hija de mi señor ha desaparecido del convento.
- ¡Bah!—murmuró Leandro haciendo un gesto de indiferencia.

Convencido como Andrés estaba de que el hijo de la condesa representaba quizá el principal papel en aquella intriga, tuvo que hacer grandes esfuerzos para contenerse y disimular lo que sentía.

—Pues qué—replicó—, ¿le parece poco a vuestra señoría o de poca importancia lo que acabo de decir?

—Me parece mucho y muy grave.

—Como lo escucha vuestra señoría con tanta frialdad...

—Como se escucha lo que no sorprende.

—Eso quiere decir que vuestra señoría...

—Quiere decir que, sabiendo que vuestra señora tiene un amante, y que el amante es tenaz, ingenioso, travieso

y audaz hasta el último grado de la audacia, como lo probó aquella noche que se burló de vosotros en el jardín...

—Perdone vuestra señoría...

—Era de temer que más o menos tarde sucediese lo que ha sucedido; y como a mí ese hombre no me ha hecho ningún mal, escucho la noticia con indiferencia.

Mientras así hablaban Leandro y Andrés, volvió a resonar el ruido del coche.

—Sospecho—dijo el criado—dónde se encuentra mi señora.

—Pues, siendo así, con poco trabajo podéis a vuestra vez burlaros del atrevido amante.

—No me contentaré con burlas; os lo juro.

—¿Y para qué me lo decís?

—Porque me consta que vuestra señoría conoce a ese miserable, y, por consiguiente...

—¡Medid vuestras palabras!—interrumpió severamente Leandro.

—Quien hace lo que él ha hecho...

—¡Basta!

—He concluído.

No se dignó Leandro decir una palabra más.

Alejóse y desapareció.

Sentóse otra vez el criado de don Pedro; pero un momento después tuvo que levantarse, porque apareció envuelto en una bata el conde de Rocanegra.

—¡Ah!—exclamó el sirviente.

—¿Qué hacéis aquí?—le preguntó el conde con tono de extrañeza.

No podía ya dominarse Andrés, y dijo arrebatadamente:

—¡Señor, se ha cometido un abuso incalificable!

—Venid y os explicaréis.

mujer, y del que, ni Monzón, que estaba enfermo, ni la condesa, saben nada, aunque lo buscan con ansiedad. Por eso don Juan se retira a su palacio. La condesa vive, amargada, con el conde.

El comendador don Pedro de Saavedra tiene una hija, María, a la que quiere casar con Leandro Sandoval; pero éste ama a Consuelo, hija de una pobre señora paralítica, doña Mariana, que no puede pronunciar ni decir el nombre del padre de Consuelo. Esta madre y su hijo viven cerca del sastre Policarpo. Godofredo de Guevara, arruinado, tiene recogido al joven Querubín, que no sabe quiénes son sus padres, porque fué recogido de manos de una mujer que se murió. Querubín, que es el personaje más importante de la obra, y María, la hija del comendador, se aman en secreto.

Don Pedro sabe el secreto de don Juan y la condesa, porque se lo oyó a Monzón cuando estaba grave; y cuando vé que la condesa apoya a su hijo para casarle con Consuelo, la amenaza con descubrirla; en cambio, si le ayuda, la ofrece encontrar el paradero de su hijo, que es Querubín. ¡Pobre condesa, puesta entre perder su honor de esposa o sacrificar su corazón de madre! Por eso piensa aconsejar a su hijo la boda con María.

El comendador don Pedro, su criado Andrés y el conde de Rocanegra se alían innoblemente, porque Rocanegra quiere tener amores con Consuelo. Asimismo Guevara, Querubín y Leandro se alían para defender la situación de los amores de éstos. Andrés, creyendo que a quien ama Querubín es a Consuelo, quiere engañarle y aprovecharse de él para secuestrarla por orden del conde y de don Pedro.

Tal es la trama de los personajes de la obra.

COLECCION ENIGMA



NOVELAS DE EMOCIÓN Y DE MISTERIO



TÍTULOS PUBLICADOS EN LA 1.ª SERIE

1	J. MASS	Ruñidos	11	G. LEROUX	El corazón secuestrado
2	—	El bufón por sacrificio	12	—	Roulettable en Rusia
3	—	¡Por ella!	13	LE ROUX	El naufrago del espacio
4	—	La astucia de una mujer	14	—	Al astro espantoso
5	—	La venganza del Destino	15	SPITZWALLER	El capitán Lagarde de Jazac
6	—	El secreto de Man-Rosa	16	—	Los amores de Francisco I y la Gioconda
7	—	Ultraje Mortal	17	—	La marquesa dolorosa
8	ESTADEO	Las cosas van	18	—	La favorita
9	G. LARSEN	Sissi, tomo I	19	—	El misterio de miraflores
10	—	— II	20	—	El hijo de Santos

PRECIO DE CADA TOMO, EN RÚSTICA

2.50 PESETAS

DE VENTA EN LIBRERÍAS Y KIOSCOS